LIBRO QUINTO.

SUMARIO.

REFIERE Telémaco que al llegar á Creta supo que Idomeneo, rey de aquella isla, habia sacrificado su hijo único por cumplir un voto indiscreto; que los Cretenses, queriendo vengar la muerte del hijo, habian obligado al padre á que dejase el pais; y que despues de largas deliberaciones se hallaban á la sazon congregados para elegir otro rey. Asimismo refiere que los Cretenses le admitieron en aquella asamblea; que ganó el premio en diferentes juegos; que resolvió los problemas que Minos dejó escritos en el libro de sus leyes; y que, vista su sabiduría por los ancianos, jueces de la isla, y el pueblo, le quisieron hacer rey.

DESPUES de haber visto con admiracion este espectáculo, empezamos á percibir las montañas de Creta[1], que apenas podíamos distinguir de las nubes del cielo y de las olas del mar. Muy luego vimos la cumbre del monte Ida, que sobresale de los demas de la isla, así como un ciervo viejo levanta en un bosque su ramosa cabeza sobre las de los cervatillos que le siguen. Poco á poco fuimos divisando mas claramente las costas de la isla, que se ofrecian á nuestra vista como un anfiteatro. Tan descuidado é inculto como nos habia parecido el terreno de Chipre, tan fértil y adornado de todos frutos estaba el de Creta á beneficio del trabajo de sus habitantes.

Por todas partes veíamos aldeas bien construidas, villas que competian con las ciudades, y ciudades suntuosas: no veíamos campo alguno en que no estuviese impresa la mano del activo labrador, ni donde el corvo arado no hubiese hecho hondos surcos: los abrojos, las

1. Creta, hoy Candia, isla del Mediterráneo, célebre por sus vinos esquisitos, y donde habia en otro tiempo cien ciudades.

espinas, y las demas yerbas que inútilmente ocupan la tierra, son allí desconocidas. Complacíanos la vista de los hondos valles, en que vacadas inmensas mugian en abundosos pastos á la orilla de los arroyos: los rebaños de carneros se apacentaban en el declive de una colina: los espaciosos campos estaban cubiertos de doradas espigas, preciosos dones de la fecunda Céres; y en fin los montes, adornados de pámpanos y racimos de uvas ya en color, prometian á los vendimiadores los gratos dones de Baco para alivio de los hombres.

Díjonos Mentor que ya otra vez habia estado en Creta, y nos refirió lo que de ella sabia. Esta isla, decia, admirada de todos los estranjeros, y famosa por sus cien ciudades, mantiene cómodamente á todos los habitantes, sin embargo de que son innumerables: esto consiste en que la tierra no se cansa jamas de derramar sus frutos entre los que la cultivan. Es inagotable la fecundidad de su seno: cuantos mas hombres habitan un pais, con tal que sean laboriosos, tanto mayor es la abundancia de que gozan, sin verse jamas en el caso de envidiarse nada unos á otros; porque la tierra, esta bondadosa madre, multiplica sus dones segun el número de hijos que se hacen acreedores á sus frutos por medio del trabajo. La ambicion y la avaricia son el único orígen de sus males: todo lo quieren; y el ansia con que desean lo superfluo, les hace infelices. Si se contentaran con llevar una vida sencilla, y con satisfacer sus verdaderas necesidades, se veria por todas partes abundancia, alegría, paz y union.

Así lo juzgó Minos, el mas sabio y mejor de todos los reyes. Lo mas maravilloso que veais en esta isla, es fruto de sus leyes. La educacion que mandan dar á los niños, los cria sanos y robustos: acostúmbraseles desde luego á una vida simple, frugal y laboriosa; y porque se supone que toda voluptuosidad enerva el cuerpo y el espíritu jamas se les proponen otros placeres que el de hacerse invencibles por la virtud, y el de adquirir mucha gloria. Aquí no se hace consistir el valor en solo despreciar la muerte en los peligros de la guerra, sino tambien en despreciar las riquezas excesivas y los deleites vergonzosos. Aquí se castigan tres vicios, que en otros

pueblos son impunes: la ingratitud, el fingimiento y la avaricia.

Por lo que hace al fausto y á la molicie, nunca hay necesidad de refrenarlos, porque son desconocidos en Creta. Todos trabajan, y nadie piensa en enriquecerse. Cada uno se cree suficientemente pagado de su trabajo con una vida tranquila y arreglada, que le deja gozar en paz y con abundancia de todo lo realmente necesario. No se permiten muebles preciosos, ni trajes magníficos, deliciosos festines, ni palacios dorados. Los vestidos son de lana fina de hermosos colores; pero lisos y sin bordados. En las comidas hay la mayor sobriedad: bébese poco vino: el buen pan, los frutos que los árboles ofrecen como por sí mismos, y la leche de los ganados, son los principales manjares. Cuando mas, se come un poco de carne, pero sin aderezos ni salsas; teniendo siempre el mayor cuidado de reservar para la agricultura las mejores reses de las grandes vacadas, á fin de que siempre esté floreciente. Las casas estan aseadas, son cómodas y alegres, pero sin adornos. No se ignora la sublime arquitectura; pero está reservada á los templos, y no se atreverian los hombres á tener casas semejantes á las de los Inmortales. Los grandes bienes de los Cretenses consisten en la salud, la fuerza, el valor, la paz y la union de las familias, la libertad de los ciudadanos, la abundancia de lo necesario y el menosprecio de lo superfluo, el hábito del trabajo y el horror á la ociosidad, la emulacion por la virtud, la sumision á las leyes, y el temor de los justos dioses.

Yo le pregunté en que consistia la autoridad del rey; y me respondió: Todo lo puede sobre los pueblos; mas las leyes lo pueden todo sobre él. Su poder es absoluto para hacer bien; pero tiene las manos atadas cuando quiere hacer mal. Las leyes le confian los pueblos como el mas sagrado de todos los depósitos, pero con la condicion de que sea el padre de sus súbditos. Quieren que un solo hombre sirva con su sabiduría y con su moderacion á la felicidad de tantos otros, y no que tantos hombres sirvan con su miseria é infame esclavitud para lisonjear el orgullo y la molicie de uno solo. Un rey no debe tener mas que sus súbditos, sino

aquello que le sea absolutamente preciso para alivio de sus penosas funciones, ó para infundir á los pueblos el respeto que deben al que es el apoyo de las leyes. Por otra parte, debe ser mas sobrio, mas enemigo de la molicie, y estar mas exento de fausto y altanería que ningun otro. No debe tener mas riquezas ni mas placeres, pero sí mas sabiduría, mas virtud, y mas gloria que los demas. Fuera de sus estados, debe ser el defensor de la patria, mandando los ejércitos; y dentro, el juez de sus pueblos, que les haga buenos, sabios y felices. No le han hecho los dioses rey para sí propio, ni lo es mas que para ser el númen tutelar de sus pueblos, á ellos debe todo su tiempo, todos sus desvelos y todo su amor; y en tanto será digno del trono, en cuanto se olvide de sí mismo por sacrificarse al bien público.

Minos no ha querido que sus hijos le sucediesen sino con la condicion de que reinarian segun sus máximas. Minos amaba todavía mas á su pueblo que á su familia. Con su cordura ha hecho tan poderosa y feliz la Creta; con su moderacion ha eclipsado la gloria de todos los conquistadores, que quieren hacer servir á los pueblos de piedestal á su propia grandeza, es decir á su vanidad; y con su justicia, en fin ha merecido ser en los infiernos el soberano juez de los muertos

Mientras así hablaba Mentor, arribamos á la isla. Vimos el famoso laberinto, obra del ingenioso Dédalo, é imitacion del gran laberinto que habíamos visto en Egipto. Estando contemplando aquel curioso edificio, notamos que el pueblo cubria la playa, y que corria en tropel a un paraje bastante inmediato á la orilla del mar. Preguntamos la causa de su apresuramiento, y he aquí lo que nos refirió Cretense, llamado Nausicrates.

Idomeneo, hijo de Deucalion y nieto de Minos, dijo, habia ido como los demas reyes de Grecia al sitio de Troya. Despues de la ruina de esta ciudad se hizo á la vela para volver á Creta; pero fué tan violenta la tempestad que sobrevino, que el piloto de su nave y los demas espertos en la navegacion creyeron inevitable el naufragio. Todos veian la muerte ante sus ojos, y

abiertos los abismos para tragarles, y todos lloraban su desgracia, no esperando siquiera el triste reposo de las sombras de los que pasan la Estigia despues de haber recibido sepultura. En esta situacion levanta Idomeneo los ojos y las manos al cielo, y esclama invocando á Neptuno: ¡O poderoso dios! tú que tienes el imperio de las ondas, dígnate oir á un desgraciado. Si me concedes que vuelva á ver la isla de Creta, á pesar del furor de los vientos, te inmolaré la primera cabeza que se presente á mi vista.

Entre tanto su hijo, impaciente por verle, se apresura á salir á recibirle para abrazarle: ¡infeliz! no sabia que esto era correr á su perdicion. Salvo Idomeneo del peligro, arriba al deseado puerto: da gracias á Neptuno porque oyó sus plegarias; mas bien pronto conoció cuan funestas le eran. Un presentimiento de su desgracia le causaba el mas amargo arrepentimiento de su voto indiscreto; temia llegar al seno de su familia, y ver lo que mas amaba en el mundo. Pero la cruel Nemesis, diosa inclemente, siempre vigilante para castigar á los hombres, y en particular á los reyes orgullosos, impelia á Idomeneo con mano fatal é invisible. Llega, y apenas se atreve á levantar la vista, ve á su hijo, y retrocede horrorizado: en vano buscan sus ojos alguna otra cabeza menos querida que pueda servir de víctima.

No obstante el hijo se arroja á sus brazos, y queda sorprendido de que su padre corresponda tan mal á su ternura: vele anegado en lágrimas, y le dice: Padre mio, ¿de qué proviene esta tristeza? ¿será posible que despues de tan larga ausencia sintais el volveros á ver en vuestro reino, y causar la alegría de vuestro hijo? ¿En qué he podido ofenderos? ¿tanto horror os causa mi presencia que volveis los ojos por no verme? Oprimido de dolor el padre no le responde. Por fin, despues de exhalar profundos suspiros: ¡Ah Neptuno! esclamo ¿qué es lo que te he prometido? ¡A cuánta costa me has librado del naufragio! Vuélveme á las olas, que estrellándome contra las rocas debian acabar con mi vida; pero conserva la de mi hijo. ¡O dios cruel! toma, aquí tienes mi sangre, no se derrame la suya. Dicho esto,

sacó la espada para traspasarse; pero se lo impidieron los que allí estaban. El anciano Sofronimo, intérprete de la voluntad de los dioses, le aseguró que podia aplacar á Neptuno sin dar la muerte á su hijo. Vuestra promesa, le dijo, ha sido imprudente: á los dioses no se les honra, se les ofende con crueldades: guardaos de añadir á la imprudencia del voto la temeridad de cumplirle contra las leyes de la naturaleza. Ofreced á Neptuno cien toros mas blancos que la nieve: haced que corra su sangre al rededor de su altar coronado de flores: y quemad en su honor olorosos inciensos.

Oíalo Idomeneo con la cabeza baja, y sin responder palabra; sus ojos estaban encendidos de furor, y su rostro pálido y desfigurado mudaba de color á cada instante: un temblor continuo se habia apoderado de sus miembros. Viéndole su hijo en tal estado, le dijo: Aquí me teneis, padre mio, dispuesto á morir por aplacar á Neptuno; no os espongais á ser víctima de su enojo: yo moriré contento por salvar vuestra vida. Herid, padre mio; no temais hallar en mí un hijo indigno de vos: la muerte no le intimida.

En el momento en que acabó de hablar, Idomeneo, fuera de sí, y como agitado por las Furias infernales, sorprende á los que le observan de cerca, y traspasa con la espada el corazon de su hijo: sácala humeando y ensangrentada para hundírsela en sus propias entrañas; pero le volvieron á contener los que le asistian.

Cae el hijo bañado en su sangre; las sombras de la muerte cubren sus ojos; entreábrelos buscando la luz y no bien la halla, cuando la pierde para siempre. Cual hermoso lirio en medio del campo, cortado á raiz por el filo del arado, desfallece sin poderse sostener, y que, si bien no ha perdido aquella hermosa blancura y esmalte que tanto agrada á la vista, queda no obstante sin vida, porque ya la tierra no le sustenta: tal al hijo de Idomeneo, semejante á una delicada y tierna flor, le arrancaron la suya en la primavera de sus años.

El padre queda insensible en fuerza de su dolor: ni sabe donde está, ni lo que ha hecho, ni lo que debe hacer: marcha trémulo á la ciudad, y pide su hijo.

Pero el pueblo, compadecido de este y horrorizado de la bárbara accion del padre, clama diciendo que los justos dioses le habian abandonado á las Furias. El furor los provee de armas: toman palos y piedras, y la discordia derrama en los corazones una ponzoña mortal. Y en este momento los Cretenses, los prudentes Cretenses, se olvidan de la cordura que les caracteriza, y desconocen al nieto del sabio Minos. Los amigos de Idomeneo no hallan otro medio de salvarle que volverle á las naves: embárcanse con él, y huyen entregándose á merced del viento. Vuelto en sí Idomeneo, les agradeció que le hubiesen sacado de una tierra regada con la sangre de su hijo, y donde le hubiera sido imposible permanecer. El viento los conduce hácia la Hesperia, y van á fundar un nuevo reino en el pais de los Salentinos.

Viéndose los Cretenses sin rey que los gobierne, han acordado elegir uno que mantenga en toda su pureza las leyes establecidas, y ved aquí los medios de que se valen para la eleccion. Ya estan juntos todos los principales ciudadanos de las cien ciudades, y se ha dado principio á las sesiones por los sacrificios: convócanse á los sabios mas famosos de los paises vecinos, para que juzguen de la sabiduría de aquellos que parezcan dignos del mando. Dispónense juegos públicos en que los concurrentes puedan dar muestras de su valor, porque el cetro que se ofrece por premio se ha de adjudicar al que mas se aventaje en las dotes del alma y del cuerpo. Los Cretenses quieren un rey ágil y robusto, sabio y virtuoso; sin que el ser estrangero sirva de obstáculo, pues á todos se llama.

Despues que Nausicrates nos refirio esta maravillosa historia: Apresuraos, nos dijo, á venir á nuestra asamblea; combatiréis con los demas, y si los dioses destinan la victoria para alguno de vosotros, será rey de esta isla. Seguímosle, no con deseo de vencer, sino movidos de la curiosidad de ver una cosa tan estraordinaria.

Llegamos, pues, á una especie de circo muy capaz situado en el centro de un espeso bosque; y en medio del circo estaba el palenque para los combatientes, y á su rededor levantado un grande anfiteatro de verdes

cespedes, en el cual estaba sentado y en órden innumerable pueblo. Cuando llegamos, fuimos honoríficamente recibidos de los Cretenses, los cuales ejercen la hospitalidad mas noble y religiosamente que ningun otro pueblo del mundo. Hiciéronnos sentar, y nos convidaron á combatir. Mentor halló escusa en su edad, y Hazael en su quebrantada salud.

Pero á mi juventud y vigor ninguna escusa les quedaba: sin embargo miré á Mentor por si descubria su dictámen; y luego que le conocí acepté la oferta, y me despojé de mis ropas: derramaron con abundancia aceite suave y lustroso por todos mis miembros, y me incorporé con los demas combatientes. Por todas partes oí que se decia: Este es el hijo de Ulises que aspira á ganar el premio. Conociéronme muchos Cretenses que durante mi niñez habian estado en Itaca.

El primer combate fué el de la lucha. Un Rodio como de treinta y cinco años de edad, venció á cuantos osaron ponérsele delante. Conservaba todavía el vigor de la juventud: eran sus brazos nervudos y robustos; al menor movimiento que hacia se veian todos sus músculos, y su agilidad era igual á su fuerza. No me tuvo por digno de ser vencido; y asi fué que, compadeciéndose de mis pocos años, quiso retirarse: mas yo le salí al encuentro, y entonces nos asimos, y nos estrechamos tanto, que ni aun podíamos respirar. Estábamos hombro contra hombro, pié contra pié, tendidos todos los nervios, y los brazos entrelazados como serpientes, haciendo mutuamente el último esfuerzo para hacernos perder tierra. Tan pronto intentaba el Rodio sorprenderme impeliéndome hacia un lado, como se esforzaba á doblegarme hácia otro. Pero mientras que así me tanteaba, le dí un empujon tan violento, que se le dobló el lomo; cayó en la arena, y me arrastró en su caida. En vano anhelaba ponerse encima de mí, ni aun moverse le dejé, hasta que el pueblo esclamó: Victoria al hijo de Ulises; entonces ayudé á levantarse al corrido Rodio

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Mas peligroso fué el combate del cesto[1]: habíase adquirido en él la mas alta reputacion el hijo de un rico ciudadano de Samos. todos le cedieron la victoria, menos yo que esperaba alcanzarla. Dióme al principió dos golpes, uno en la cabeza y otro en el pecho, que me hicieron arrojar sangre, y me anublaron los ojos. Vacilé; él me estrechaba, y ya me iba faltando el aliento; pero me reanimó un grito de Mentor, que me dijo: Hijo de Ulises, ¿serás tú acaso el vencido? La ira me suministro nuevas fuerzas; evité muchos golpes que me hubieran abrumado. Tan pronto como el Samio me habia tirado un golpe en vago y se estendiera su brazo vanamente, yo procuraba sorprenderle en esta postura inclinada: ya empezaba á retroceder, cuando alcé mi cesto para descargar sobre él con mas fuerza: quiso evitarlo, y perdiendo el equilibrio, me ofreció el medio de aterrarle. Apenas estuvo en tierra, le alargué la mano para levantarle. Púsose en piés por sí solo, cubierto de polvo y sangre: fué suma su vergüenza, mas no se atrevió á renovar el combate.

Inmediatamente se dió principio á la corrida de los carros, los cuales se repartieron por suerte. El que me tocó fue el mas inferior, así en la ligereza de las ruedas como en el brio de los caballos. Partimos, pues; y muy luego se levantó una nube de polvo que ocultó el cielo. Al principio los dejé á todos pasar delante. Un jóven Lacedemonio, llamado Crantor, á todos iba dejando atrás: el que le seguia mas de cerca era un Cretense, llamado Policletes Hipómaco, pariente de Idomeneo, y que aspiraba á sucederle, dando rienda á sus caballos, que humeaban de sudor, iba todo reclinado sobre sus flotantes crines, siendo tan rápido el movimiento de las ruedas de su carro, que estas parecian fijas cual las alas del águila que hiende los aires. Animáronse mis caballos,

1. Era una especie de pugilato en el qué los atletas armaban sus manos con una manopla de vaqueta guarnecida de plomo, llamada *cesto*.

fueron poco á poco cobrando aliento, y dejé atrás á casi todos los que habian partido con tanto ardor. El exceso con que el pariente de Idomeneo, Hipómaco, impelia sus caballos, fué causa de que tropezase el mas valiente, y con su caida quitase á su dueño la esperanza de reinar.

Policletes, por inclinarse demasiado sobre los suyos, no se pudo sostener en un tropezon que dió su carro: cayó, fuéronsele las riendas, y no fué poca su fortuna en salvar la vida. Viendo Crantor con la mayor indignacion que yo le iba muy á los alcances, redobla su ardor; ora invoca á los dioses, prometiéndoles ricas ofrendas, ora azuza sus caballos para reanimarlos: temia, y con razon, que yo pasase entre él y la meta; porque mis caballos, menos fatigados que los suyos, se hallaban en estado de ponérsele delante, sin que le quedase otro arbitrio para evitarlo que el de cerrarme el paso. Y así fué que, por conseguirlo, se aventuró á estrellarse contra la meta, y con efecto se le rompió en ella una rueda. Yo no pensé mas que en dar la vuelta para evitar de meterme en su enredo; y él me vió un instante despues al término de la carrera. El pueblo clamó otra vez: Victoria al hijo de Ulises: él es el rey que los dioses nos destinan.

Acabado esto, fuimos conducidos por los mas ilustres y sabios Cretenses á un bosque sagrado apartado de la vista de los hombres profanos. en él nos reunieron los ancianos que Minos habia instituido jueces del pueblo y guardas de las leyes, y no admitieron sino á los que habíamos combatido en los juegos. Abrieron los sabios el libro en que estaban recopiladas todas las leyes de Minos. Sentíme llenar de respeto y de confusion al acercarme á aquellos ancianos, á quienes hacia venerables la edad, sin enervarles el vigor del espíritu. Estaban sentados por su orden, é inmóviles en sus asientos. El cabello les habia encanecido con los años, y muchos de ellos le tenian ya casi todo caido. Veíase resplandecer en sus semblantes una sabiduría suave y serena; ni se apresuraban por hablar, ni cuando hablaban, decian mas que lo que llevaban resuelto. Si discordaban

en los dictámenes, era tal la moderacion con que cada uno sostenia el suyo, que cualquiera hubiera creido que eran todos de una misma opinion. La larga esperiencia de lo pasado, y el hábito del trabajo, les daban grandes conocimientos sobre todas materias: y lo que mas rectificaba su razon era la tranquilidad del ánimo, exento ya de las locas pasiones y de los caprichos de la juventud. La prudencia sola obraba en todas sus acciones, y el fruto de su constante virtud era tener tan sujetos sus deseos, que ya gozaban sin trabajo del dulce y noble placer de seguir la razon. La admiracion que me causaron hizo nacer en mí el deseo de que se me acortase la vida por llegar cuanto antes á tan apreciable vejez. Parecíame desgraciada la juventud, por ser tan impetuosa, y estar tan distante de aquella virtud tan ilustrada y tranquila.

El principal de los ancianos abrió el libro de las leyes de Minos, que era un gran volúmen, y se custodiaba de ordinario en una caja de oro con aromas. Todos los ancianos le besaron con respeto, porque decian que despues de los dioses, de quienes emanan las buenas leyes, nada debe ser tan sagrado para los hombres como las leyes que se dirigen á hacerlos justos, sabios y felices. Los que tienen á su cargo el juzgar por ellas á los pueblos, deben ser los primeros en respetarlas y obedecerlas; porque no ha de ser el hombre el que reine, sino la ley. Así razonaban aquellos varones. Despues propuso el que presidia tres cuestiones, que debian resolverse segun las máximas de Minos.

Era la primera saber cual fuese el mas libre de todos los hombres. Unos respondieron que era el rey que tuviese un imperio absoluto sobre sus pueblos, y que al mismo tiempo fuese vencedor de todos sus enemigos. Otros sostuvieron que el hombre bastante rico para poder satisfacer todos sus deseos. Otros, que era el mas libre el que nunca se casaba, y empleaba toda la vida en viajar por diferentes paises, sin estar sujeto á las leyes de ninguno. Otros, que lo era el salvaje, que, manteniéndose de la caza, vivia en los bosques independiente de toda necesidad y policía. Creyeron otros, que era el recien

emancipado, que, pasando de los rigores de la esclavitud á las dulzuras de la libertad, sabria disfrutarlas mejor que otro ninguno. En fin, otros opinaron que un moribundo era el mas libre, porque la muerte de todo le libraba, y todos los hombres juntos no tenian ya sobre él poder alguno.

Cuando me tocó hablar, no me costó trabajo responder, porque tenia presente lo que tantas veces me habia dicho Mentor. El mas libre de todos, respondí, es el que sabe serlo en la esclavitud misma. En cualquier pais, en todos los estados, es libre el hombre que teme á los dioses, y á nadie teme sino á ellos. En una palabra, el hombre verdaderamente libre es aquel que nada teme ni desea, y que solo se somete á los dioses y á la razon. Miráronse los ancianos unos á otros, sonriéndose, y se maravillaron de que mi respuesta fuese precisamente la de Minos.

Propúsose despues la segunda cuestion en estos términos: ¿quien es el mas infeliz de todos los hombres? cada uno dijo lo que le ocurrió: uno, que el mas infeliz era el que no tenia bienes, salud ni honra; otro, que lo era el que no tenia ningun amigo; otro, que el que tenia hijos ingratos é indignos de él. Un sabio de la isla de Lesbos dijo: El mas infeliz de todos los hombres es el que cree serlo; porque la infelicidad depende menos de lo que se padece, que de la impaciencia con la que uno aumenta su desdicha.

Al oir este dictámen, toda la asamblea prorumpió en aplausos: cada cual creyo que este sabio ganaria el premio de esta cuestion. Sin embargo me preguntaron cual era mi parecer; y siguiendo las máximas de Mentor, respondí: El mas infeliz de todos los hombres es un rey que cree que su felicidad consiste en hacer miserables á los demas hombres. Su ceguedad duplica su desgracia; porque como no conoce el mal que padece, le es imposible curarle; teme aun conocerle. La verdad no puede penetrar hasta el por entre tanta turba de aduladores como le rodea. Tiranízanle sus pasiones no conoce las obligaciones que tiene: jamás ha sentido

el placer que resulta de hacer bien, ni el que infunde la santa virtud. Este sí que es infeliz, y merece serlo: su desdicha va siempre en aumento; corre á su perdicion, y los dioses se preparan á confundirle con un castigo eterno. Toda la asamblea tuvo por vencido al sabio lesbio; y los ancianos declararon que yo habia en efecto acertado con el dictámen de Minos.

Por tercera cuestion se propuso: ¿cual era preferible, un rey conquistador é invencible en la guerra, ó el que sin esperiencia de ella fuese á propósito para gobernar discretamente á sus pueblos en la paz? Los mas estuvieron por el primero: ¿qué vale, decian, que un rey gobierne bien en paz, si en tiempo de guerra no sabe defender sus estados? en este caso él quedará vencido, y su pueblo esclavizado. Otros, por la contraria, sostenian que el rey pacífico seria mejor, porque temiendo la guerra, procuraria evitarla. A otros les parecia que el rey conquistador, al paso que exaltase su gloria, acrecentaria la felicidad de sus vasallos, haciéndolos dueños de otras naciones, en vez de que el rey pacífico los tendria en una ignominiosa inercia. Quisieron saber mi parecer y lo espuse de esta suerte:

Un rey que no sabe gobernar sino en la paz, ó sino en la guerra, y que no es capaz de hacerlo en ambos estados, no es mas que rey á medias. Pero comparado el que no sabe mas que el arte de la guerra con un rey sabio que sin entender de ella sea capaz de sostenerla por medio de sus generales, hallo que este es preferible á aquel. Un rey enteramente decidido por la guerra, querrá estar siempre en ella para estender sus dominios y acrecentar su gloria; y de este modo arruinará á su pueblo. ¿Qué interés tiene este en que su rey subyugue á otras naciones, si él vive infeliz bajo su dominacion? Ademas de esto las largas guerras traen siempre consigo muchos desórdenes; los mismos vencedores se corrompen durante este tiempo de confusion. ¿Cuanto no costó á la Grecia el haber triunfado de Troya? ¿por espacio de mas de diez años se vió privada de sus reyes? Cuando la guerra todo lo enciende, lo mas sagrado no

está a cubierto de sus lastimosos efectos: las leyes, las artes y la agricultura desfallecen. En la guerra aun los mejores príncipes se ven precisados á hacer el mayor de todos los males, cual es tolerar la licencia, y servirse de los perversos. ¡Cuantos malvados hay á quienes se castigaria en tiempo de paz, y cuya audacia es fuerza premiar en medio de los desórdenes de la guerra! Jamás ha existido un pueblo que teniendo un rey conquistador, no haya sufrido infinito por su ambicion. Un conquistador, embriagado de su propia gloria, casi tanto arruina á su nacion victoriosa, como á las naciones vencidas. Un príncipe que no tenga las cualidades necesarias para la paz, mal podrá disponer á sus vasallos á que gocen los frutos de una guerra felizmente concluida. Es semejante á un hombre que defenderia su heredad contra las invasiones de su vecino, y aun usurparia la de este, pero que no sabria cultivar ni sembrar para coger fruto alguno. Un hombre semejante mas parece haber nacido para destruir, asolar y trastornar el mundo, que para hacer feliz un pueblo por medio de un sabio gobierno

Vengamos ahora al rey pacífico. Es cierto que no vale para grandes conquistas; esto es, no ha nacido para turbar la tranquilidad de su pueblo, queriendo subyugar á las naciones que la justicia ha negado á su dominio; pero si es verdaderamente apto para gobernar en paz, tiene cuanto necesita para defender su reino de sus enemigos. Ved aquí como: Será justo, moderado y tratable con sus vecinos; no emprenderá contra ellos cosa alguna que pueda alterar la paz: será fiel en sus alianzas, sus aliados le amarán, no le temerán, y tendrán en él plena confianza. Si tuviese algun vecino inquieto, altivo y ambicioso, todos los demas reyes vecinos, que temen á este rey turbulento, se unirán al rey pacífico, que no les da zelos, para impedir que aquel le oprima. Su probidad, su buena fe y su moderacion le harán árbitro entre los estados que rodeen el suyo. Y mientras que el rey emprendedor es odioso á los demas, y está siempre espuesto á sus ligas, el pacífico tiene la gloria de ser como un padre y tutor

de los otros reyes. Estas son las ventajas que goza fuera de su reino.

Pero aun son mas sólidas las que logra dentro. Suponiendole apto para gobernar en paz, es consiguiente que lo haga por medio de las mas sabias leyes. Reprime el fausto, la molicie y todas las artes que no sirven mas que de lisonjear los vicios; procura que florezcan las que son útiles y realmente necesarias á la vida, aplicando particularmente sus súbditos á la agricultura, por cuyo medio les proporcionará la abundancia de lo necesario. Este pueblo laborioso, de costumbres sencillas y enseñado á vivir con poco, adquiriendo fácilmente su sustento con el cultivo de la tierra, se multiplica hasta el infinito. Ved ahí en este reino un pueblo innumerable, pero un pueblo vigoroso, robusto, no afeminado con los deleites, ejercitado en la virtud, no apegado á las delicias de una vida muelle y regalada, que sabe despreciar la muerte, y que mas bien querria morir que perder la libertad de que goza bajo el gobierno de un rey sabio, que se aplica á reinar solo para que reine la razon. Que un conquistador acometa á este pueblo, acaso no le hallará bastante instruido en acamparse, ponerse en órden de batalla, ni en el manejo de las máquinas de sitio; pero le hallará invencible por su número y por su valor, por su paciencia en las fatigas y por la costumbre de sufrir la pobreza, por su intrepidez en los combates, y lo que es mas, por una virtud que jamas sucumbirá á la adversidad de los sucesos. Ademas, si este rey no tiene toda la experiencia necesaria para mandar por sí los ejércitos, sabrá á lo menos elegir sugetos capaces, y servirse de ellos, sin menoscabar su audoridad. Sus aliados le darán auxilios: sus vasallos antes querrán morir que pasar bajo el dominio de otro rey violento é injusto; los mismos dioses combatirán por él. ¡Ved que recursos tendrá en medio de los mayores peligros!

Concluyo pues que el rey pacífico que ignora el arte de la guerra, es un rey muy imperfecto, pues no sabe desempeñar una de sus mas principales funciones, cual es vencer á sus enemigos; pero añado que sin embargo es infinitamente superior al rey conquistador, que carece

de las cualidades necesarias para gobernar en tiempo de paz, y que solo las tiene para mandar en la guerra.

Advertí en la asamblea muchos que no aprobaban este dictámen; porque la mayor parte de los hombres, deslumbrados por el esplendor de las cosas brillantes, como las victorias y las conquistas, prefieren estas á lo que de suyo es sencillo, tranquilo y sólido, como la paz y la buena policía de los pueblos; mas todos los ancianos declararon que habia yo hablado como Minos.

El principal de ellos esclamó: ya veo cumplido un oráculo de Apolo, sabido por toda nuestra isla. Habia consultado Minos á este dios para saber cuando tiempo reinaria su estirpe, segun las leyes que acababa de establecer; y le fué respondido: Los tuyos dejarán de reinar cuando un estranjero entre en tu isla para hacer reinar en ella tus leyes. Temíamos que algun estranjero viniese á conquistar la isla de Creta; mas la desgracia de Idomeneo, y la sabiduría del hijo de Ulises, que es entre los mortales el que mejor entiende las leyes de Minos, nos aclaran el sentido del oráculo. ¿Porque tardamos en coronar al rey que nos da el destino?